Luceros de ira y odio

David Caracena Beviá

LUCEROS DE IRA Y ODIO

David Caracena Beviá

Avant
editorial

Primera edición, mayo de 2026
© David Caracena Beviá, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-03-0
THEMA: FM - FMB
DEPÓSITO LEGAL: M-13470-2026

Dedicado a todo aquel que piensa escribir
o que ya lo está haciendo.
Lanzarse a ello no es fácil y requiere sacrificio,
pero la recompensa es tan grande
que siento que todo el mundo debería vivir el proceso.
Tus palabras merecen ser sentidas y escuchadas,
haz que el mundo las lea

Agradecimientos

Lo que ha sido para mí escribir este libro
creo que jamás seré capaz de expresarlo con palabras y,
aun así, lo voy a intentar.

Un camino tortuoso, un sendero con tantas subidas
y bajadas, acompañado únicamente por un terreno
completamente desconocido… y, a la vez, una luz guía,
un punto de apoyo en la escalada,
un lugar de seguridad al que acudir cuando sentía que era necesario.

Durante esta travesía me he cruzado con tantas maravillosas personas que sería —y soy— incapaz de nombrar en su totalidad, pero de no ser por ellas y sus acciones, aunque fuera de manera indirecta e inconsciente, este libro jamás habría conseguido ver la luz.
Por ello, ¿qué menos que dedicar unas escasas palabras, cargadas de todo el valor y la sinceridad que intentaré con justicia ponerles, para ellos?

Gracias a mi madre por sus incansables sacrificios y sus —más veces de las que me gusta admitir— acertados consejos, por enseñarme tan grandes valores con los que todavía sigo comulgando. Por haber confiado en mí desde el primer momento, incluso pese a no tener razones para hacerlo.

Gracias a mi padre por su estoico trabajo y su absurda facilidad para hacerme reír y hacerme la vida un poco más fácil y por enseñarme que el esfuerzo, incluso cuando parece que el mundo no gira en la dirección adecuada, trae sus recompensas.

Gracias a mi hermana por su amor y apoyo incondicionales, por enseñarme que la voluntad y la constancia son los mejores compañeros de cualquier ejercicio. Y, por supuesto, por haberme regalado a mi cuñado —prácticamente un hermano más— y dos sobrinos que son mis luceros de amor y felicidad.

Gracias a mi querido abuelo por haber sido la primera persona en inculcarme el amor por la literatura y por el arte. Por su manera de vivir y de pensar, que perdurará en mí hasta el día en el que todo acabe y que, durante el tiempo que estuvo conmigo, me supo descubrir un mundo que me era completamente ajeno, pero su admiración por aquellos libros hizo que despertara en mí una muy parecida a la que sentía y seguiré sintiendo por él.

Gracias al resto de mi familia por todo lo que me han enseñado durante todo este tiempo.

Gracias a mis amigos, a aquellos que han velado por mí, que me han conseguido sonsacar carcajadas incluso cuando no sentía que hubiera motivo alguno para reír, que me han acompañado durante años, meses, semanas, días y momentos; en las buenas y en las malas, en fiestas y reuniones, en clases o quedadas, en persona o por llamada. Gracias a ellos por ser como son y darme un espacio en su vida.

Gracias a todas las personas que, de diferentes maneras, me han conseguido inspirar.

Por último, gracias a ti, querido lector. Por confiar en mí para poder contarte una historia que lleva gestándose más de un lustro y que, puedo prometer, daré lo mejor de mí para darle la justicia que creo que se merece.


MAR HUMEANTE
PUNTA NARANJA
TREGUA DE LEANA
ISLA TIBURÓN
LA ESCAMA
TORRE ALADA
VILLA DRAGÓN
VERDEMAR
CIUDAD DEL ETERNO INVIERNO
PICOS DEL NORTE
BOSQUE BLANCO
RAYDRIUM
LA BRUMA
HOSTARUM
RÍO NIEVE
SEMINARIO DE LUMINANCIA
CUMBRE DEL CIELO
NICARUR
POZOGRANDE
BAHÍA AGUAMARINA
DELTA DEL RÍO
PUERTA DEL LOBO
MONTES LOBO
MAYAMUR
FOSO DEL HIERRO
EL PANTANO
EL ÁRBOL
RÍO DEL HIERRO
ISLA ESPADA
CUENCA DE HIELO
PALACIO DE VERANO
TORRE DE PLATA
VOLNARUM
CAÍDA DE ORO
TORRE PUNTIAGUDA
MONTES INQUIETOS
LUZ ALTA
BOCA DEL GIGANTE
CIUDAD MERCANTE
RÍO TÓRMENA
CUESTA HELADA
CRISTAL AZUL
MAR AULLANTE
LIVICIA
MONTES SUSURRANTES
ATALAYA ROJA
CASTILLO ETERNO
PRYNIAT
NIDO DEL FÉNIX
ALDEA DEL FUEGO
RÍO LUZCLARA
GLORIA BLANCA
VILLAJUSTA
BOSQUE CLARO
FORTALEZA VERDE
TORRE DEL GUARDA
JUNKUR
EL HUESO
PUERTO GORRIÓN
FUERTESPEJO
BAHÍA ÁSPERA
RÍO LUZCLARA
CAMPOS LIBRES
RÍO DEL CAZADOR
BALDORUM
MANTO NEGRO
CASTILLO DE ASHTAR
GÁNNOVIN
MONTAÑAS DEL OESTE
ALDEA NEGRA
LAS LÁGRIMAS
VALLE GRIS
GÁLEOMUR
EL ASERRADERO
TIERRAS DE LOS CAUTIVOS
FORTALEZA DEL ANOCHECER
IMPERON


FRYOSD
ATALAYA SOLEADA
LA ENCRUCIJADA
ARCHIPIÉLAGO DE SIRENAS
CASTILLO DEL SOL
MARTIRIUM
BRECHA ESPECTRAL
ÁMBUR
BASTIÓN DEL ÚLTIMO CORAZÓN
TIERRAS MUERTAS
BOSQUE DE LOS BALCONES
FUERTE CENIZA
FUERTE NEGRO
ALDEA DE LA NOCHE ROJA
ASTA OSCURA
BAHÍA DE LA FE
LAGO PÚRPURA
CASTILLO DEL ALCE
ATALAYA ANTIGUA
MONTAÑAS BRAVAS
CASTILLO DE SAL
TIERRAS MUERTAS
ALVERIOR
ISLAS DE LA FE
TEMPLO DE JADE
LUZ FINAL
SEMINARIO DE GUERRA
MARAMAR
FRONTERA DEL OSO
AXELYUM
PINATAR DEL MAR
LORGOTHOR
NIEBLA ESPESA
AGUA HELADA
CRUCE DE LA CORONA
AGUAMARGA
TORRE DEL OTRO LADO
LUNDERON
RÍO AARHOS
ROCA ÁUREA
CAMPOS DE LAVANDA
CITTADERUM
CIELO TORMENTA
SIERRA DEL MAR
TEMPLO DE DIOSES
PERSONAS ROJAS
VILLA DEL CARBÓN
LUZ DE TORMENTA
MAR DE LA TORMENTA ETERNA
FUERTE DEL VIENTO
LAGO DEL ZORRO
ARENAS FRÍAS
CALAVERAS NEGRAS
LOS JUNCOS
DRYMBURG
ALDEA DE LOS GATOS
BOSQUE DE LAS VIUDAS
DESIERTO DE XAIMA
PRADO DE LAS LUCIÉRNAGAS
CIRHOUN
CARANTHIUM
RÍO LUZCLARA
FRONTERA ALTA
VÉNENOIR
DESIERTO DE LUNA
ALDARIUM
RESPIRO DEL HÉROE
CEWYNHOLD
LECHO DE ARENA
KINSLEOIR
ÚLTIMA ESTRELLA
PUERTA DIURNA
ZIONER
ELYSIUM
ALMACENIZA
SKELLERUM
FUERTE DE MEDIANOCHE
NIMINHUL
LOS TRILLIZOS
MONTES ARDIENTES
BAHÍA NEGRA
PUENTE DE LAS MIL ESPADAS
TDARN
COLINA DORADA
GRAN COLMILLO
PUNTA ESTRECHA
PASO DEL CAMINANTE
CAMINO DE BRONCE
REFLEJO DEL PRÍNCIPE
BAHÍA BOREAL
FUEGOAZUL
PUERTA GRIS
LAGO ARAÑA
LUZ SOLEMNE
CASTILLO DE ÓNICE
MOOTINAR
OFEDIUM
FUERTE QUEMADO
PICO DE LAS AVES
FONTANAL
PRADO DE LAS BESTIAS
DESCANSO DE LA LUNA
FUERTE DEL ABISMO
EURUM
AMANECER ROJO
CAMPOS DE MAÍZ
VELORIA
-> CAPITAL DEL REINO
-> CIUDAD DE ALTOS NOBLES
-> CIUDAD DE BAJOS NOBLES
-> ALDEAS, PUEBLOS
-> FORTALEZAS Y CASTILLOS
-> TORRES, ATALAYAS
-> SEMINARIOS
-> TEMPLOS

Preludio - El terror del miedo

Caranthium, Meryo Kluiven. Año 1 de la Edad de Luz

Los habían derrotado. No quedaba ni rastro de ellos. Habían puesto fin a la guerra y ahora, después de tanto tiempo, tendrían un hogar, lejos de aquellos tiranos. Habían completado aquello que sus antepasados comenzaron. Y, aun así, en la angosta habitación de madera de ébano daba la sensación de que habían perdido. El silencio reinaba entre ellos.

Estaban reunidos alrededor de una mesa redonda los seis líderes de la conquista: Seleran Niviar, comandante del Ejército y estratega; Cewyn Divaler, maestro de los exploradores; Kavnan Argon, señor de los dominios de Impheryos; Aishara Wintar, líder de la caballería; Leana Escalig, jinete de los dragones de montañas Titánicas, y él mismo, Meryo Kluiven, capitán de los caballeros practicantes de aquello que habían nombrado Luminancia. Todos permanecían en el más absoluto mutismo, envueltos en sus armaduras tan caras y difíciles de hacer, tan pesadas e incómodas, pero que eran símbolos de victoria. Una victoria que ahora no parecía absoluta.

—Mis hombres no han encontrado a nadie en los pasos subterráneos —dijo Aishara con su suave voz. Su pelo largo y negro vacilaba hacia los lados, recogidos en una coleta.

—Los míos no han avistado a nadie en los alrededores —intervino Cewyn, apoyando la cabeza en la mano derecha—. Y he mandado a más de diez mil en expedición. Todos los mensajes rezaban lo mismo: «Ni rastro del Enemigo».

—Eso no es nada. —Kavnan se cruzó de brazos. Al hombre de pelo rizado y despeinado le gustaba competir en absolutamente todo—. He enviado a más de veinte mil sirvientes a reconocer los asentamientos cercanos. Y las noticias desde la costa siguen siendo las que ya conocemos.

Leana dio un golpe, haciendo que sus dos trenzas mechadas rebotaran con el impacto, que hizo temblar la mesa de madera. Su temperamento era como el de sus dragones: inestable y poderoso.

—Es imposible que hayan huido. Todo lo demás ha sido consumido por el fuego, y no hay mar cercano a Caranthium.

Meryo miró a Seleran, su mayor aliado durante la guerra desde que esos malnacidos se llevaron a su padre y a su hermana. Ambos asintieron con complicidad, sabiendo que pensaban exactamente lo mismo. Seleran se

levantó, apoyado en la mesa con las manos. Su rostro ajado de ojos verdes se ensombreció ante la noticia que iba a compartir, y no era para menos. Meryo hizo lo mismo, notando en su corazón como si se clavaran multitud de espinas. ¿Cómo era posible?

—Debéis acompañarnos —dijo, con su voz tomada—. Quizá así, mis señores, entenderéis cómo lo han hecho.

Los gestos de todos eran de incomprensión. Miraban a Seleran como si fuera un completo desconocido, como si no hubieran compartido campo de batalla junto a él. Aishara, en cambio, clavaba en él sus pupilas del color del mar. Parecía asustada, casi compartiendo el mismo sentimiento que se había adueñado de Meryo desde que vio aquello con sus propios ojos. No podía olvidar su sentimiento de mareo, náuseas, temblores en las piernas… El temor hecho escena. El mayor terror del miedo. Meryo tendió la mano a Aishara para que se levantara y ella la agarró con suma gracilidad.

—¿A qué os referís, comandante? —preguntó Kavnan, con un hilillo de voz.

—No sabemos cómo, pero han conseguido huir. —Meryo hizo una mueca, devorado por la amargura que le profesaba aquella imagen, instalada en sus recuerdos, negándose a dejarle continuar con su vida.

—Explicadnos, entonces. —Leana se levantó airada, haciendo chirriar el asiento que arañaba la piedra desigual del suelo—. ¿Cómo han conseguido evaporar a una población de casi un millón de vivientes?

Meryo y Seleran permanecieron callados, cabizbajos y sombríos. Sus miradas se cruzaron con mucho por contar, pero las palabras jamás serían las adecuadas. Meryo sabía que no habría lenguaje que describiera lo que les iba a enseñar. Quizá solo podrían los que habían cometido aquello. Esas almas, de carne pálida y sentimiento oscuro, que no eran más que cometedores de atrocidades. Así el Encapuchado se los llevara.

—Lo que vais a ver no debe salir de aquí. —Seleran, finalmente, dejó salir lo que habían acordado Meryo y él previamente. El hombre más valeroso que había existido, el gran comandante Seleran Niviar, no parecía más que una sombra de sí mismo, agotado y esperpentizado—. Solo lo sabremos nosotros, el señor Terius Eslaver y el estudioso Seyrin Eston. Ya deliberaremos cómo se lo comunicaremos al resto de nuestro pueblo… O si decidimos hacerlo.

—Por el pecado que nunca cometió Aarhos, ¿de qué estáis hablando? —Cewyn los miró con la respiración rápida. Se levantó tan ágilmente que su colgante de plata tintineó en su armadura de placas de acero.

—Hacéis bien en nombrar a los dioses. —Seleran caminó despacio hacia la puerta. Se detuvo, clavando sus ojos rasgados en todos ellos—. Para lo que vais a conocer, aquello que Meryo y yo hemos visto, no estáis preparados.

Todos se miraron con asombro. Sus caras desencajadas demandaban una explicación al capitán de los Caballeros de Luz cuando Seleran cruzó la puerta. Meryo los miró sin decir nada y salió de la habitación en silencio, acompañado por Aishara. Notaba los pasos de sus camaradas detrás de él, hablando en voz alta. Leana despotricaba, Kavnan se reía nervioso… Y ni Aishara ni Cewyn decían una palabra.

Los pasillos de alfombras rojas y paredes negras recordaban a la guerra, aquella que pensaban que habían ganado gracias a los dioses. Pero estos, en otra de sus jugadas extrañas, ahora les daban la espalda. Meryo quiso encomendarse a ellos antes de volver a ver aquella imagen, pero se sentía abandonado.

Prólogo - Diada oscura

Desembocadura del Geisar, Ses Naorel.
Año 198 de la nueva guerra de la Diada

Las flechas, que rezumaban un aura ennegrecida, como si el viento sucio las envolviera y jugara a su alrededor, atravesaron la madera endurecida de la que estaban hechas las compuertas y algunas gotas comenzaron a mojar la nave. Se quedaron a escasa distancia de Naorel, el joven líder de la nueva brigada de soldados número veinticinco.

El arca donde viajaban reducía su velocidad. Estaban acercándose a tierra firme. Era el momento en el que todo se decidía. Naorel se giró a su escuadrón, todos detrás de él, mirando al frente. La mayoría temblaban, aunque trataban de parecer regios. Incluso el propio Naorel pudo notar que su cuerpo también se agitaba sin poder ejercer ningún control, pero, al mirarse el dorso de la mano, vio relucir su poder, llenándolo de confianza. El néctar de la Diada Oscura fluía por sus venas, refulgiendo en él el Furor como un vaho fluorescente de color verde como las hierbas de La Trinidad, aquellas que hacía tanto tiempo no pisaba. De sus compañeros, él era el que más brillaba. Suya era la mayor capacidad de controlar el Furor entre los suyos. Se sentía ágil y fuerte, decidido a llevar a cabo la misión. Hoy era una oportunidad enorme, y no debían dejarla atrás.

Apretó el puño con fuerza, haciendo que el aura que lo envolvía se volviera enérgica, casi tangible. Sus compañeros brillaban en tonos más apagados, cada uno de un color distinto. Ses Koronel y Ses Hayislov lo hacían rojo claro, casi imperceptible a la luz del día, siendo el color de la amplificación de la fuerza. Bal Voriny y Bal Yiilo brillaban en el ligero dorado de la agilidad, mientras que la dulce Bal Rivelat lo hacía en blanco, aumentando su capacidad de reflejos… Aun así, todas sus amplificaciones eran todavía débiles. No las habían dominado del todo, pero era suficiente para luchar. Su Furor casi parecía transparente, notándose sobre todo cuando hacían movimientos bruscos, como si el viento alrededor se tintara de aquel color. Naorel no. Naorel brillaba en esplendoroso verde y aquel brillo lo acompañaba. La amplificación de visión.

Todos los soldados con amplificación estaban dotados de otros estados que mejoraban sus capacidades, no solo el que representaba cada color, pero, aun así, era ese el que más se conseguía desarrollar. Naorel sabía que

era quien mejor controlaba el Furor de su escuadrón. El mejor entre sus compañeros. Nombrado como el más prometedor entre el ejército por sus resultados en la academia. Algunos lo llamaban el Siguiente Salvador. La victoria tenía que ser suya, y ahora le tocaba dar un paso al frente. Iban a desplegar en primera línea, detrás de la línea de contención, así que debería inspirar a sus camaradas, a sus amigos y a la persona que amaba.

—¡Soldados de la brigada veinticinco! —Todos se cuadraron ante su líder, aunque era de los más jóvenes. Le respetaban tanto o más de lo que merecía. Sus manos fueron al pecho, como si se agarraran el corazón—. Ha llegado el momento que tanto hemos esperado. Hoy, por fin, hemos dado el salto a soldados. Se acabaron los días entrenando. ¡Hoy somos parte de las brigadas! ¡Hoy lucharemos en nombre de la emperatriz Vaal Dermoor! —hizo una pausa, fijándose en las miradas de los once soldados. Algunas permanecían furiosas, la mayoría seguían temerosas, pero la que más fustigaba el corazón de Naorel era la de su amada. A Bal Rivelat parecía que, incluso, le costaba tragar saliva—. Todas las esperanzas estarán sobre nosotros y en todas las demás brigadas de igual destino. ¡Pero no hay que temer! ¡Los poderes que Kalum'Thar Serdegan nos ha conferido significan que nuestro dios está con nosotros! ¡Guiaos por el Furor, camaradas! ¡No dejéis que el terror os venza, pues un tarsiano jamás se doblegará ante un invasor!

Naorel se giró y comenzó a hablar a voces, mirando hacia la pared. Esperaba que, cuando terminara su discurso, consiguiera ver en los ojos de sus soldados la misma fe que recorría su cuerpo. El Dios de Todo estaba junto a ellos. Deberían poder notarlo como lo hacía él. Naorel se aclaró la garganta y continuó:

—Aquellos pálidos llegaron hace siglos y se apoderaron de nuestras tierras, mancillaron nuestra familia y asesinaron a multitud de nuestros antepasados. ¡Se aprovecharon de nuestra hospitalidad y, una vez no fuimos de utilidad para ellos, trataron de erradicarnos! Nuestro pueblo ha perdido el orgullo, pero jamás dejará de luchar.

Notaba que la respiración de sus compañeros se henchía. Quería que gritaran, que dejaran atrás el terror que podía proferirles la muerte prematura. Las dudas no era buenas aliadas. Debían salir sin miedo al mal de muerte así que no quedaba otra.

—Y si nada de eso funciona, ¡pensad en vuestras familias si tenéis miedo! En vuestra madre o padre, hermanos o hermanas… Amores y amigos. Todos ellos deben ser nuestro Furor hoy, porque nosotros seremos su escudo. —Naorel dio un golpe en el suyo con el largo sable, atado a la mano izquierda. Algunos golpes se repitieron detrás de él. Sabía que los tenía. El arca comenzaba a moverse muy lentamente. Faltaban segundos para que las compuertas se abrieran. Naorel suspiró para coger aire poco después—. Si nada de eso funciona, ¡luchad por vosotros mismos! ¡Luchad por lo que más queráis! ¡Hoy, mis soldados, venceremos! ¡Somos el aliento de Tarsien!

¡Nuestro imperio no morirá si seguimos de pie! ¡Y, pase lo que pase, seguiremos erguidos! ¡Repetid conmigo!

Naorel se giró y el arca se detuvo. Casi pudo notar cómo se deslizaba por la arena. Los estruendos y gritos se sucedían en las afueras y varias flechas ennegrecidas se clavaban en los alrededores del arca y hacían agujeros de buen tamaño. Sus armaduras ligeras para las amplificaciones no resistirían ni una sola de esas, pero era la forma más eficiente de luchar para ellos. Pese a todo, no vio miedo en los ojos de sus camaradas. Ya no. Sus pechos lucían erguidos y orgullosos como el de un ave dentada. Entonces, Naorel sonrió, viendo que Bal Rivelat lo miraba embobada.

—Un tarsiano no se rinde hasta morir —era el himno de guerra. Todo soldado se lo sabía de memoria y la brigada veinticinco no iba a ser menos—. Incluso después de muerto volverá y repetirá sus palabras. —Las compuertas comenzaron a abrirse. Naorel se giró y encomendó su vida a aquellos once soldados. Se bajó la visera del yelmo y respiró—. ¡Un gran imperio! ¡Un mismo pueblo! ¡Una única familia!

—¡Por la emperatriz! —gritó Ses Koronel mientras todos los demás se sumaban a estallidos distintos. La única a la que no escuchó gritar fue a Bal Rivelat y, antes de que su cabeza pudiera dilucidar por qué, las compuertas se habían abierto.

Las flechas de aura ennegrecida silbaron a su alrededor. Trató de utilizar el Furor de visión. Las flechas llovían a mayor lentitud para él, pero una ya había atravesado a Ses Hijaryn en el cráneo, que cayó al suelo cerca del arca. La arena se levantaba con el viento como un tornado naranja que tuviera en su interior una terrible tormenta y hacía imposible saber orientarse. Debían encontrar cobertura o los masacrarían. Naorel enfocó la vista a través de la arena cuando notó otra ráfaga de viento pasar a su costado, que terminó en un chillido atroz. Otro de sus compañeros había caído. Naorel divisó un pequeño risco que podría servir de cobertura y chilló a sus soldados que se dirigieran allí. Las respuestas que afirmaron la orden fueron vagas y temerosas. Las demás arcas se abrían y hacían llegar más efectivos, pero muchos caían con las flechas. ¿Qué estaba haciendo la línea de contención?

Naorel corrió al risco, pero las primeras en llegar fueron Bal Voriny y Bal Yiilo, amplificadas por la agilidad. Los demás también tenían esa habilidad amplificada, pero en mucha menor medida. Naorel se quedó algo más rezagado, esperando a que todos acudieran al lugar. Bal Rivelat pasó junto a él, dándole un toque.

—¡Soy la última! —dijo la muchacha en un tono metálico por el casco. Naorel se quedó estático. ¿La última?

—¡Es imposible! ¡Solo han cruzado cinco hacia el risco!

—¡El viento los ha matado! —gritó histérica Bal Rivelat.

Naorel se extrañó cuando, de pronto, su visión reveló algo moviéndose a gran velocidad. Apenas pudo detectarlo, pero contó con el tiempo

suficiente como para agarrar a Bal Rivelat y caer juntos tendidos en la arena. El corte de viento se esfumó entre la tormenta de arena, dejando a su paso una repentina salpicadura de sangre. La cabeza de Ses Hayislov rodó hasta ellos y de donde la sangre brotaba se manchó de un color rojo oscuro, de forma poco natural. Bal Rivelat chilló.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó agarrada a él.

Naorel se quedó petrificado. ¿Cuántos habían muerto? ¿En cuánto tiempo? Apenas había visto nada. No entendía qué sucedía… Hasta que lo vio.

El viento cortante volvió hacia ellos desde donde había desparecido, atraído por las dos amplificadoras de agilidad, Bal Voriny y Bal Yiilo. Se habían acercado a ellos, pero el Mal de Muerte ya las había alcanzado.

—¡Son voladores! —trató de advertir Naorel en vano, como una súplica al Dios de Todo. Las dos mujeres cayeron de rodillas a la arena cuando fueron destripadas por una luz brillante de oscuridad, aciaga como la noche misma, que pasó al ras de sus cuerpos y de la arena. Con la tormenta veían mejor que Naorel, uno de los mayores amplificadores de visión de todo el Ejército de Tarsien. La desesperanza lo inundó cuando de los estómagos de sus dos compatriotas comenzó a emanar la misma sangre ennegrecida. Era cosa de las habilidades que los pálidos utilizaban para matar.

Bal Rivelat saltó hacia atrás, poseedora del Furor de reflejos, y esquivó a uno de los voladores, pero, por el otro lado, Naorel vio una sombra llegar por su espalda. Bal Rivelat pareció notarlo.

—¡Detrás de ti! —gritó Naorel, pero Rivelat lo vio tarde. Su Furor se apagó en el instante en el que el volador le cortó la cabeza, haciéndola caer a tierra. Naorel vio justo antes de morir la cabeza decapitada de su amada. Se tendió de rodillas, riéndose descontroladamente. El escuadrón más prometedor del ejército. Uno de los mejores amplificadores. El Siguiente Salvador. Vencido en cuestión de cinco momentos.

Naorel chilló con rabia, golpeando los puños contra la arena. ¿Cómo había ocurrido esto? ¿Cómo era posible? No merecía la pena seguir luchando. Los habían destrozado. ¿Qué había hecho la línea de contención? Los voladores no debían pasarla sin aviso. Y la tormenta… Casi no parecía natural. Quizá no lo fuera, pero ya daba igual. Su Furor se desvaneció y, cortando el aire como una espada de brillante oscuridad y alas de fuego negro, un volador se aproximó, con la tez tan pálida como un muerto, aunque, en instantes, Naorel se iba a parecer a él. Cerró los ojos, pues no había que mirar al mal de muerte directamente. Echó un último vistazo a su prometida. No la había podido proteger, aunque esperaba que la siguiente vez que la viera no estuviera enfadada con él.

La espada hendió en su pecho y lo atravesó por completo. El torso le quemó durante unos instantes como si lo incineraran y sus ojos no vieron más que cómo la luz se apagaba ante la sonrisa del ser pálido que lo había matado. El Siguiente Salvador había caído en su primera misión.

Diecisiete

Ciudad del Eterno Invierno, Symon y Daeyon Wint.
Año 1137 de la Edad de Luz

La mañana despertó con el cielo nublado, un habitual en Ciudad del Eterno Invierno, donde un día entero de sol no era más que una leyenda. La noche anterior había acudido a su cita casi diaria, regalando a la ciudad un baño nevado, esta vez débil, debido a que estaban en verano. Durante la estación de la luna blanca esta ciudad vivía sus días de mayor fertilidad, llegando incluso a poder labrar los campos cercanos, cosa imposible en otras estaciones del año. El frío se apoderaba de cualquiera que no estuviera acostumbrado a un clima tan extremo. La llamaban la Ciudad Pura, la Ciudad Blanca o la Ciudad de Algodón, ya no solo por el color, sino por la gran industria textil de la zona proveniente del Gran Establo, pueblo cercano que suministraba todo tipo de materiales agrícolas. De algún modo, conseguían sobrevivir a las largas heladas y a una vida de inviernos. Era algo que le habían explicado en algún momento, pero seguía sin saber cómo lo hacían. De todas formas, a Symon no le convencía ninguno de esos sobrenombres. Todos sonaban demasiado bien y le daban a la ciudad un ambiente que no merecía. La realidad es que era angosta, triste y decadente, y eso solo en verano. En invierno era insoportable. Lo único que merecía la pena eran sus ciudadanos, en su mayoría amables y trabajadores, gente decente pese a ser indignos. Symon se encontraba apoyado en la pared, descansando tras una intensiva sesión de entrenamiento de combate junto a su hermano Daeyon, que aún permanecía de pie, realizando el ejercicio que su maestro de armas le había comandado. Daeyon era cuatro años menor que Symon, aunque físicamente no se notaba demasiado. Su pelo rubio despeinado destacaba en exceso en el norte, pues no era nada común salvo que fueras un livicio venido del reino del oeste. Además, no guardaba relación con el color de pelo de su madre y de su padre, castaña y moreno, respectivamente. El propio Symon y su hermana Amice tenían el pelo castaño oscuro. De ojos azules claros y ciertamente pálido, Daeyon era esbelto y ágil, pero guardaba una fortaleza física difícil de imaginar por su estatura media. Eso sí, su cuerpo estaba bien construido, detallado como si lo hubieran esculpido.

—En pie —dijo Daeyon, haciendo un gesto con la mano para que se levantara—. Se acabó tu descanso —su voz era muy calmada y su cara apenas reflejaba emoción alguna, mientras que Symon hacía por notarse

exhausto. Sus ojos zafiro siempre parecían cansados, como si no tuvieran nada nuevo que ver que no hubieran visto antes. Portaba unas profundas ojeras que ya eran parte de su rostro, signo de sus noches en vela estudiando y practicando el arte de la guerra. Symon no recordaba la última vez que le vio sonreír. Daeyon, desde luego, se comportaba de una manera muy distinta a como solía ser.

Symon se levantó a regañadientes, haciéndole una expresión burlona a su hermano pequeño. Daeyon hizo un gesto para que cogiera la espada. Obedeció y se puso en guardia con mala cara. Symon odiaba luchar, aún más hacerlo contra su hermano, con quien además perdía siempre. Nunca se le había dado bien manejar un arma, igual que tampoco se le daba bien estudiar. Daeyon, en cambio, era increíblemente talentoso en ambas. Por suerte para el primogénito, su padre no estaba mirando hoy su entrenamiento, por lo que podía relajarse un poco. El único que estaba mirando era Shinzo de Rocas Rojas, el maestro de armas de Daeyon, y un par de soldados que hacían guardia cerca del patio. Symon encaró a Daeyon con la espada de prácticas tratando de cuadrar el golpe y lanzó una estocada dirigida al abdomen de su hermano pequeño, que fácilmente detuvo con su espada corta y con un rápido movimiento se colocó detrás de Symon y le golpeó la espalda con el estoque sin filo.

—Muy lento —dijo Daeyon mientras se alejaba unos metros. Siempre repelía todos y cada uno de los ataques de Symon, incluso prediciendo sus movimientos. Su talento era enorme, aunque Symon no resultaba un gran oponente. Daeyon gustaba de portar armas ligeras, tales como estoques o dagas, pues se adaptaban a su estilo de combate más que otro tipo de armas. Pese a ello, también dominaba con maestría el arco, la lanza y el mangual. Symon frunció el ceño y volvió a encarar a Daeyon, mientras que su hermano permanecía más relajado que de costumbre. Golpeó con fuerza por la derecha, golpe que Daeyon esquivó de manera brillante, casi sin esfuerzo. Symon intentó golpear por izquierda esta vez, para encontrarse con el mismo resultado. Daeyon contraatacó golpeando la pierna izquierda de Symon, lo que hizo que se tambaleara y quedara a su merced. Con un rápido giro de muñeca, encaró el estoque hacia la garganta de Symon, y lo detuvo antes de impactar. Symon miró a su hermano, que tenía la misma expresión insulsa de los últimos años.

—Bien, ya es suficiente —dijo Shinzo, el maestro de armas. Su voz era ronca, de esas que molestan al hablar. Daeyon retiró el estoque del cuello de su hermano y tendió su mano libre para ayudar a Symon a incorporarse. Con un gesto de despecho, la agarró y con un tirón brusco se puso en pie. Ambos se miraron durante unos instantes.

—Sigues mejorando, hermano —dijo Symon, con una sonrisa—. Supongo que tantos días de entrenamiento tienen su recompensa. —Tendió la mano.